

Cuando la unidad conyugal se transforma en sacramento

Acerca de la naturaleza y significado del matrimonio

ÁNGELA MARÍA SIERRA G.*

RESUMEN

La realidad matrimonial es compleja y a su vez debe asumir otros factores externos como son el contexto, la familia de origen, las crisis, etc. De ahí que vivir en pareja exija grandes dosis de madurez, paciencia y amor. Sin embargo, la reflexión que quiere plantear este artículo es precisamente cómo esta unidad antropológica encuentra en la dimensión sacramental un camino de salvación, tanto para sus miembros como para la familia. El sacramento encuentra sus raíces en lo profundamente humano y desde allí se puede comprender su horizonte trascendente. Lo que se celebra es la vida, una vida que adquiere sentido profundo cuando se cree en Jesucristo, y se hace posible que la relación de dos se convierta en signo del amor trinitario en medio de una comunidad.

Palabras claves: Pareja, unidad, conyugalidad, matrimonio, sacramento, celebración.

Abstract

The reality of marriage is a complex one and at the same time it has to assume other external factors such as context, family of provenance, crises, etc. As a consequence, to live as a couple needs great amounts of maturity, patience and love. However, the reflexion that this paper intends to institute is

* Magister y Licenciada en Teología. Pontificia Universidad Javeriana. Especialista en temas de familia y pareja. Docente de Teología del Matrimonio en la misma Universidad. Correo electrónico: angela.sierra@javeriana.edu.co

precisely how this anthropological unity finds in the sacramental dimension a way of salvation as much for its members as for the whole family. The sacrament has its roots in deep human reality and from there one can comprehend its transcendent horizon. What is being celebrated is life, a life which gains its profound sense when there is faith in Jesus Christ, which makes it possible that a relation of two persons becomes a sign of Trinitarian love in the midst of a community.

Key words: *Couple, unity, conjugality, marriage, sacrament, celebration.*

Al comienzo no está la razón, sino la relación. La experiencia fundamental es la relación o encuentro entre las personas, y no el conocimiento.

Sólo la relación permite al otro ser otro sin someterle a la ley de mi pensamiento. En la relación se produce un doble proceso: por un lado, se trasciende la distancia entre el tú y el yo, englobándose en la unidad; y por otro lado se mantiene una distancia absoluta entre el yo y el tú, pues cada interlocutor es único en cuanto yo y en cuanto tú.

E. Levinás (Mardones,1999: 132)

INTRODUCCIÓN

El incremento de los fracasos matrimoniales se ha convertido en un hecho cotidiano, una realidad que supera fronteras y culturas. Así como fracasan los matrimonios civiles, tristemente y en número igualmente impactante fracasan los matrimonios celebrados en la Iglesia Católica a través de su liturgia.

La inquietud, entonces, que quisiera desarrollar en estas líneas está precisamente en el sentido que tiene asumir un compromiso de pareja en dimensión sacramental al que se llega después de un proceso que va desde la decisión de vivir juntos hasta la vivencia del sacramento. Por eso, más que dar respuestas quisiera suscitar preguntas frente a la visión que tenemos acerca del matrimonio, explicitar aquello que logra significar en medio de una comunidad la vivencia de una auténtica conyugalidad, resultado de una opción sacramental; semejanza de Dios trinitario que se manifiesta cuando se logra ser tú, yo y nosotros.

La relación nos sitúa en la semejanza, no en la indiferencia o el desinterés por el otro. En esa relación se experimenta una disposición a ponerse al servicio del otro: una responsabilidad y una promesa de fidelidad. La relación es una forma de trascendencia. Esta relación o acercamiento a Dios sucede a través del prójimo: la semejanza a Dios se manifiesta en el tú y no en el yo. (Borobio, 2000: 40)

Espero que estas líneas tengan eco en aquellas parejas que se sienten interpeladas por la invitación del Evangelio, como en aquellas que ya la están viviendo y continúan caminando hacia la autenticidad cristiana, pero también en todas y todos los lectores que buscan una mayor comprensión de la vida sacramental, significación real y cotidiana de una vida recorrida en “clave de Dios”.

El matrimonio es una realidad espiritual, esto significa que un hombre y una mujer se unen en la vida no sólo porque experimentan un profundo amor mutuo, sino también porque creen que Dios los ama con un amor infinito y los ha llamado para ser testigos vivos de este amor. (Nouwen, 1995: 132)

497

DE LA DECISIÓN DE SER PAREJA A LA CONYUGALIDAD Y DE LA CONYUGALIDAD A LA VIVENCIA SACRAMENTAL

De la decisión de ser pareja a la conyugalidad

Para ser verdadero sacramento, un matrimonio requiere todo un camino de madurez personal y de madurez en la fe. La decisión de una vida compartida se toma un tiempo largo para vivir auténticamente su relación como sacramento.

Por este motivo es importante comprender y dilucidar el itinerario que transcurre desde que dos personas deciden compartir sus vidas, hasta el momento en que este proyecto común es sacramental.

En primera instancia hay que tratar de definir qué es una pareja. Ésta resulta de la compleja interacción de proyectos de vida, ideales y sentidos como base de un subsistema particular con identidad propia dentro de la familia, y está enriquecida por las emociones, los pensamientos, las acciones e intereses particulares.

La pareja es en sí misma un todo, un sistema conformado por algo más que la suma de cada uno de sus miembros, donde cada uno debe asumir de manera responsable todas sus necesidades emocionales y acordar con el otro las expectativas que de ellas se derivan, lo cual exige una profunda madurez que se aprende a lo largo de una vida en común. (Cfr. Rojas, 1998: 175)

Y es ahí, en este juego de los acuerdos y las concesiones, donde se construye una relación duradera. Todo no está dado de una vez y para siempre; construir una relación de pareja es un ejercicio diario en el que entran a jugar varios factores interesantes para su consolidación.

Uno de estos factores es la comunicación que funciona como el canal facilitador de los acuerdos y las decisiones; comunicación que demanda grandes dosis de interioridad y contenido personal, un mundo propio, que enriquecido y cargado de contenido será más fácil de expresar. Sin interioridad no hay expresión y sin expresión no hay comunicación.

Tal es la columna vertebral del amor de pareja. “Amarse” no acontece en el aire. Para hacerse evidente se debe construir en lo cotidiano. Muchas uniones llenas de ilusión en un principio ven cómo el interés se agota lentamente, porque no asumen la relación como un ser dinámico, con dialéctica propia que debe caminar paso a paso de la comunicación a la comunión en medio problemas y satisfacciones.

“La pareja como entidad autónoma, es un sistema con su propio funcionamiento” (Rojas, 1998:175). Como ser unitivo e integrado por este amor dinámico posee las dimensiones propias de un ser personal.

En el amor heterosexual hay un primer componente de contenido biológico-fisiológico, que va relacionado con los caracteres correspondientes de la sexualidad, un componente de tipo psíquico-volitivo, que abarca el complejo mundo de las emociones y sentimientos, juntamente con el de las preferencias y decisiones que lleva al hombre a una conducta práctica, un tercer componente de tipo cultural-ideal, en el que se percibe la influencia de las costumbres y tradiciones, ideas y vivencias acerca de la relación de la pareja, tanto en el aspecto humano como en el social, religioso y jurídico. (Cfr. Florez, 2001: 18-19)

Personas íntegras conforman, así mismo, proyectos sólidos, fuente de unidad y base para la conyugalidad. Sin embargo, hay que diferenciar el amor de pareja de otro tipo de amor dado a los hijos y a la familia, a los amigos y a otras personas.

El amor verdadero en una pareja se alcanza cuando se conjugan dos aspectos fundamentales: la amistad¹ y la eroticidad.² Si alguno de los dos

1. Es un componente que afecta directamente al psiquismo de la persona. Abarca el ancho mundo de la humana afectividad y alcanza a todas aquellas personas y cosas con las que la persona está o puede estar relacionada. Es principalmente en este campo en el que la persona humana logra su madurez, aprendiendo a discernir sus sentimientos y a adaptarlos a la realidad de su vida, a conjugarlos con sus deseos y proyectos. La necesidad de recibir y de comunicar afecto es muy superior al instinto genital, que depende de la capacidad biológica del individuo. (Cfr. Florez, 200: 18-23)
2. Si le permitimos entrar en nuestra vida y en nuestro quehacer, Eros trae consigo color, alegría y buen gusto... Sin esta experiencia, estaríamos como dimediados, como segregados de la vida, aunque dispondríamos todavía de nuestra cabeza o de nuestra

falta, pierde su especificidad. Vivir sólo uno de los aspectos u omitir alguno es atentar contra la ontología de la pareja.

La misma teología y antropología reconocen el valor positivo del eros en el ser humano. Supuesta la diferenciación sexual, "eros" es esa fuerza del hombre, que arranca de la atracción de los sexos y que nos impulsa al encuentro con el otro, como capaz de saciar nuestra tendencia.

Precisamente por eso, se dice que eros necesita del "ágape", es decir, del amor verdadero. De un amor que no mate al eros, sino que lo encauce y dé sentido, que le ofrezca el verdadero marco de realización. Pues bien este eros y este ágape son parte integrante del sacramento del matrimonio. Es en el eros y en el ágape de Dios, manifestado en Cristo en (pasión y muerte por amor), donde encuentran su último sentido el eros y el ágape humanos. (Borobio, 1993: 217)

Según Paul Tillich, en el ágape hay eros y en el eros ágape: "Sin eros, al ágape le falta calor. Sin ágape, al eros le falta la facultad de discernimiento. Los dos se implican mutuamente y no pueden ser separados." (Feuerstein citado por Müller, 2005: 32)

Es el amor conyugal, el que integra la amistad y lo erótico. "Si la amistad es un amor imperfecto porque le falta lo erótico y el eros es un amor imperfecto porque le falta lo amistoso, con su firme y sosegada libertad" la vida conyugal aúna los elementos en la unidad del amor conyugal. (Vidal, 2003: 143)

Ello ocurre como revelación de un proyecto que no se agota en sí mismo sino que es signo de realidades más profundas y humanizantes.

Existe cierto misterio en que este amor perdure en el tiempo, pero en realidad depende en gran parte de cómo se vivan los aspectos de amistad y erotismo asumidos como una construcción diaria en medio de los problemas o de las situaciones positivas. El amor hay que rescatarlo de la rutina, de la presión cultural, de proyectos individuales sin horizonte, sin trascendencia.

Lo esencial para lograr una vida en común es el delicado equilibrio entre la autonomía y la dependencia, entre la libertad y el camino que ha de recorrer

razón y valdría para nosotros las palabras de Goethe: "¡Pobre de la persona que es todo cabeza!" Sin Eros nos parecemos a un árbol podado para el que la vida carece de fuerza. Nuestra alma queda entonces como congelada, y todo lo vemos negro (cfr. Köberle: 14). El encuentro con el eros se asemeja al encuentro con una fuente que nos regala y nos posibilita vitalidad, vivencia intuitiva, pasión profunda y emoción íntima. (Müller, 2005: 25)

Placer y paraíso. Considero que el placer es algo divino. Para él fuimos hechos. El amor, el humor, la comida, la música, la diversión, el paseo, el viaje, el ocio, la pereza, la cama, el baño en la cascada, el jardín. Para estas cosas fuimos hechos. Para eso trabajamos y luchamos: para que el mundo sea un lugar de delicias. Pues ese, solamente ese, es el sentido del Paraíso: el lugar donde el cuerpo experimenta el placer (Alves, citado por Batista, 2003: 25).

una al lado del otro. Este equilibrio es el que establece la distancia para que dos seres “construyan el amor” sortear las crisis inevitables de dos personas que evolucionan.

La pareja no es estática: ella avanza o retrocede diariamente. El uno pide al otro parte de sí y al mismo tiempo pone un límite para defenderse de su invasión. Somos dos sin dejar de ser uno, pero también ese uno está hecho de dos. (Rojas, 2003: 17-18)

Sólo cuando se ha comprendido en profundidad lo que significa la propia integridad para entrar en diálogo con otra igualmente autónoma se estará en camino hacia un amor maduro, un amor que pueda hablar de unidad y permanencia, un amor que tenga conciencia de “conyugalidad”.

De la conyugalidad a la vivencia sacramental

Hemos esbozado rápidamente lo que significa ser pareja, que se traduce en la manera como cada uno desde su propio proyecto personal se comprende a sí mismo, no desde el “yo”, sino desde el “tú” y hacia un sólido “nosotros”. Ya no son dos personas que viven juntas sino dos proyectos que desde la riqueza de la pluralidad han logrado comunicarse y proyectarse como uno solo. Este es el primer paso hacia la cohesión verdadera y estable que llamamos matrimonio.

El Concilio Vaticano II, en el documento “Gozo y esperanza” anticipa el contenido del nosotros conyugal, al definirlo como una comunión de vida y amor (GS 48) que requiere de un clima de benévola comunicación, unión de propósitos entre los cónyuges y una cuidadosa cooperación (GS 52)³ (Botero, 2000: 95).

En esta vivencia del nosotros hay superación inmediata de la individualidad. El que ha vivido la experiencia de la conyugalidad percibe cómo se va transformando el egoísmo en solidaridad, la opción por otro para ser unidad en la experiencia del encuentro, se realiza gracias a la oblación mutua.

En el lenguaje de la psicología existencial, el “encuentro” es una especial forma de relación entre dos personas. Se trata de una comunión o comunicación perfectamente acabada. Una existencia que se comunica con otra existencia. Esta relación es denominada por Gabriel Marcel como “comunión ontológica”: Una auténtica fusión de dos seres (cfr. Powell, 1989: 35) o en frases de Juan Pablo II: “una armonía de mentalidad y de comportamiento, (...) que exige poca paciencia, simpatía y tiempo” (FC 34).

3. Este concepto está perfectamente elaborado en Botero (2000: 93-99).

Cuando hay conciencia de vivir como un “nosotros” definitivamente el amor ha madurado, se ha creado un ámbito relacional muy fuerte, protegido de amenazas que lo puedan debilitar. Un matrimonio que vive la conyugalidad no percibe los ataques de la infidelidad, del desinterés o la monotonía.

Alcanzar el “nosotros conyugal” implica algo más que una vida juntos. No son dos mitades que forman un todo, sino dos personas completas que forman un todo totalmente nuevo.

Su grado de unión e identificación y la forma en que dicha unión se vive y se siente, puede alcanzar tonalidades sublimes, comparables a las que alcanzan los místicos en su experiencia de amor y unión con Dios. Los profetas y los poetas místicos encuentran en el amor conyugal su mejor inspiración para expresar los misterios y las riquezas que descubren en su contemplación del amor divino...El amor lleva consigo una impronta misteriosa y sagrada, que impulsa al enamorado a arrodillarse no ya sólo ante la persona amada, sino también ante el Dios de la creación que hace al hombre partícipe de tanta felicidad.⁴

El nivel de la conyugalidad permite comprender más fácilmente el mundo sacramental. La unión de dos personas pueden ser símbolo de algo más profundo que pertenece a la esencia del misterio y la trascendencia.

Esta unidad que comienza a visualizarse como símbolo⁵ se vive en la cotidianidad a través de condiciones importantes de bondad, amabilidad, simpatía, humor, consideración, comunicación, ajuste armónico a los hábitos de cada uno, consenso en valores y temas importantes, reciprocidad y respeto mutuo (cfr. Lazaurus citado por Garrido, 1994: 398).

En este sentido la escritura hace un aporte invaluable a la conyugalidad a través de dos símbolos: el primero, “y serán una sola carne” (Gn 2,24), y el segundo, “la alianza” (cfr. Martínez, citado por Vidal, 2003: 117).

-
4. El libro del Cantar de los Cantares es el mejor ejemplo de la sintonía que puede producirse entre los sentimientos religiosos y los del hombre enamorado, cuando unos y otros llegan a la cumbre de su perfección. En la literatura castellana, San Juan de la Cruz expresa con belleza inigualable el diálogo entre la esposa que anhela la presencia, la vista y la hermosura del amado y el esposo que vigila el sueño de la esposa (Cántico espiritual) (Florez, 2001: 22).
 5. “El símbolo se ubica en el horizonte de la utopía. Ayuda a recuperar la identidad perdida, pero no mirando al pasado con añoranza, sino poniendo la mirada en el futuro con intención anticipadora. Lo que se anticipa en los símbolos sacramentales cristianos son los valores del Reino, el nuevo Cielo y la nueva Tierra donde acontece la salvación.” (Eliade, citado por Tamayo, 2003: 164)

Desde el primer momento la relación entre hombre y mujer se plantea en términos de unicidad. No son dos personas que caminan o trabajan juntas: son dos seres que desde su ser específico se cohesionan, se funden para crear un nuevo ser, “una común unidad”. De hecho, la semejanza con Dios está dada por la capacidad de relación. Es la posibilidad de construir comunidad, de ser uno en la diferencia, lo que les permite ser imagen del Creador, el unirse a través de un diálogo amoroso, haciéndolos fecundos y felices.

La decisión matrimonial es una decisión ontológica que afecta todo el ser. Romper el vínculo implica vivir un duelo y un desequilibrio en todas las dimensiones. Se afecta lo corporal, se afectan las emociones, la capacidad para decidir, incluso para seguir viviendo. Cuando Jesús rechaza de manera tajante el divorcio, en Mt 19,4, lo hace pensando en la felicidad de la pareja. Cuando ocurren las rupturas las personas se resquebrajan.

El segundo simbolismo es la alianza. El amor de Dios hacia su pueblo en el Antiguo Testamento y la entrega de Cristo a su Iglesia como nueva alianza se simbolizan a través del amor nupcial.

Este simbolismo cuenta con unas características especiales de incondicionalidad, carácter festivo y alegre, igualdad y eroticidad. Pero ante todo su capacidad de entrega hace de lo esponsal un símbolo real del amor verdadero, aquel que perdura y crece. Así como Dios ama a Israel (de manera definitiva y fiel), así debe ser el amor de los esposos. En consecuencia, de la misma manera como Cristo ama a la Iglesia y es su fuente de vida y salvación, los esposos cristianos se salvan en la donación mutua. La experiencia matrimonial representa para Israel una de las formas más perfectas y significativas para comprender a Dios.

Este es el ámbito para entender cómo la relación de pareja, concebida y vivida desde la conyugalidad se transforma en lugar de salvación. La dinámica de amor en una pareja se transforma en *topos tou théou* (lugar de Dios).

En la liturgia sacramental el símbolo central del matrimonio es el consentimiento mutuo. Se da el “sí”, se da la Palabra⁶, y en ella se fecunda el

6. Sería interesante profundizar en el significado de la palabra dentro del matrimonio, pues, de hecho, toda la actitud creyente y la construcción de comunidad se realizan precisamente en torno a “la escucha de la Palabra”. La salvación está dada precisamente porque Dios ha revelado su Palabra definitiva en Jesucristo.

compromiso de “construirse como unidad”, que no sólo significa permanecer juntos. Un “sí” creyente que se traduce en oferta de gracia para actualizar la fidelidad de Dios revelada plenamente en Jesucristo en una realidad humana concreta.

El matrimonio es el sacramento que requiere de dos creyentes, conscientes de la compañía de Jesús para continuar su proyecto, sorteando dificultades y disfrutando de las alegrías. Esto trae como consecuencia una vida en paz, que construye con fortaleza el presente y mira con esperanza el futuro, en ellos resuenan fuertemente las palabras del Maestro: “No tengan miedo” (Lc 6,9).

En esta perspectiva, la alegría es fruto de la esperanza. Cuando tengo una confianza profunda en que Dios está hoy realmente conmigo y me mantiene a salvo en su abrazo divino, guiando cada uno de mis pasos, puedo liberarme de la ansiosa necesidad de saber cómo será el día de mañana, o qué ocurrirá el mes que viene o el año próximo. Puedo estar enteramente donde estoy y poner mi atención en tantos signos del amor de Dios como encuentro dentro de mí y a mi alrededor. (Nouwen, 1995: 29-30)

El amor entre hombre y mujer es un signo actualizante del amor y la fidelidad de Dios. En el misterio creativo del hombre y la mujer se hace presente el misterio entre Cristo y la Iglesia: La dimensión de la creación del matrimonio se convierte de una manera nueva, en dimensión de salvación. (Henao,2003: 60)

Lo específico de la pareja cristiana consiste en la posibilidad de ser símbolo de Cristo, para el otro y así salvarlo, es vivir a fondo las palabras de la cruz: “En tus manos Señor (...) nos encomendamos”, suspenderse en este amor confiado y dejar que sea fecundo y salvador.

Lo sacramental: síntesis de la coherencia humana

Celebrar un sacramento no es un acontecimiento mágico, sino que cuenta con una base antropológica para que encuentre su verdadero sentido y proyección en la vida celebrada.

La vivencia matrimonial abarca todas las dimensiones del ser humano (intelectual, emocional, corporal, espiritual, social). No se puede decir que la conyugalidad se hace realidad sólo en la corporalidad o que sólo a través de las emociones se construye un matrimonio. Es un acontecimiento que afecta todo el ser, en donde afloran con fuerza las carencias y los afectos, en donde se evidencia la necesidad de comunicarse, pero también en donde

se puede experimentar una inmensa soledad si no existe un compartir verdadero en el que se perciba la ternura y el placer, y en ocasiones, el conflicto y la crisis.

Lo humano, manifestado en sensibilidad y comunión, hace del matrimonio-sacramento una exigencia de crecimiento y búsqueda de sentido personal, conyugal y comunitario.

[De hecho, los sacramentos] asumen e integran la totalidad del ser humano, de la misma manera que el verbo encarnado asume la totalidad de la naturaleza humana. Humanamente podemos decir que el hombre necesita símbolos y ritos, pero no que estos símbolos y ritos sean por sí mismos sacramentos. (Borobio, 1993: 14)

Lo antropológico permite vislumbrar todas las dimensiones y coherencia con lo sacramental. Desde una perspectiva integral se percibe una sacramentalidad profundamente humana y un ser humano que siendo coherente es sacramento. El misterio de Dios se hace verdad desde la persona y con la persona. El sacramento se constituye desde esta perspectiva como el despertar espiritual de los sentidos, en alteridad con el otro.⁷

La relación con el otro humano es siempre índice y remitencia hacia una relación con el Otro divino, pues en definitiva el verdadero tú del yo es Dios. Y el amor matrimonial siempre es también símbolo y referencia a otro amor, en el que se realiza el objeto del deseo y donde se superan la limitación y la infidelidad, la separación y la muerte. (Borobio, 2000: 178-179)

Aquí se entiende de manera profunda cómo el cristianismo es la expresión más auténtica de lo que significa la humanidad, como encuentro de lo inmanente y lo trascendente. Se puede afirmar que el ideal cristiano es ser sacramento de Dios en el mundo.⁸

7. Hacernos sensibles y recuperar "el sentir" despierta la solidaridad, nos hace auténticamente humanos, lo cual constituye la dimensión social de los sacramentos. Celebrar no es un rito individual. Dicha dimensión, cobra sentido porque comparto con otros, me uno más a los otros, para seguir caminando juntos.
8. "Muchas son las consecuencias de esta capacidad de transignificación de la experiencia de pareja (...) Dios se hace presente en la historia de la humanidad: amor gratuito, fiel, definitivo, que perdona y salva, amor que va más allá de la unión para realizar la comunión de la pareja. Pero para que esta transformación tenga lugar es preciso que exista, como requisito, el ingrediente indispensable del amor humano y no alguno de sus espejismos, que los esposos reúnan las condiciones de madurez psicológica y afectiva para amar de verdad, que estén abiertos a la acción de la gracia y no absoluticen su amor cerrándole la puerta a Dios en su experiencia." (Corpas, 2004: 317)

La esencia del cristiano consiste, por tanto, en ser de Dios en su mismo ser humano, en llevar un tesoro divino en una vasija de barro. Debe ser sacramento por su obrar, por su comportamiento ético, por su testimonio; al ser sacramento debe unirse el aparecer como tal sacramento en medio de la comunidad creyente y en medio del mundo. La autenticidad de la vida, el compromiso han de ser una real manifestación visible de la verdad misteriosa y escondida del ser cristiano. (Borobio, 1993: 14)

Celebrar: sublima y potencia la realidad humana

El sacramento está alimentado por diferentes fuentes que surgen de lo humano, una de ellas es el componente celebrativo: "El ser humano necesita celebrar para vivir y esta necesidad la experimenta de modo especial en los momentos álgidos, en las situaciones decisivas de la vida." (Borobio, 1993: 18)

Celebrar la vida no sólo es placentero sino necesario. Una vida que no hace un alto para festejar y redimensionar lo vivido, se agota, se convierte en carga pesada ocasionando la pérdida de sentido. En vida de pareja la celebración es fuerza y alimento; siempre habrá motivos para celebrar, entre otros, el crecimiento mutuo, la superación de las dificultades o simplemente el hecho de haber permanecido juntos teniendo la esperanza de continuar unidos.

...celebrar una fiesta dice mucho sobre la vida en común. Cuando ya no se tiene la valentía de festejar el camino juntos, quiere decir que se ha perdido la confianza en sí mismos, y entonces el camino en común se hace fácilmente aburrido y rutinario. En todas las culturas existen ritos de iniciación y precisamente la iniciación a la vida matrimonial se acompaña en todas las religiones con ritos particulares. Los ritos de iniciación deben quitar el miedo a lo nuevo, y al mismo tiempo, despertar en nosotros la energía que necesitamos para afrontar este nuevo período de la vida. (Grün, 2000: 22)

Otro componente que subyace al primero es el aspecto comunitario. No se celebra estando solo, sino compartiendo con otros, en ambiente de amistad y cercanía el motivo de alegría y celebración, donde celebrar es renovar la participación en el grupo. Por eso

...el sacramento es ante todo un modo de pensar. El pensamiento sacramental concibe la realidad no como una cosa, sino como un símbolo. El símbolo surge del encuentro del hombre con el mundo, encuentro en el que ambos se modifican, se tornan significativos. (Boff, 1988: 69)

Aquí la reflexión apunta a la importancia que tiene el contenido de la celebración. El rito y los símbolos tienen sentido después de haber recorrido un largo camino de vida, que recoja lo bueno y lo malo. Es necesario haber

vivido, haber compartido, haber superado momentos difíciles, haber condensado en el tiempo motivos para celebrar, para reencontrarse, como también haber acordado objetos, gestos, palabras, maneras y formas colmadas de significación, porque lo sacramental refleja desde qué perspectiva estamos leyendo la vida.

La función de lo sagrado manifiesta la hondura y densidad del diario vivir. Nos lleva a experimentar el sentido profundo de la realidad al relacionarnos con la razón última de nuestra existencia (Borobio, 2000: 31), porque

...vivir es leer e interpretar. Y el hombre en lo efímero puede leer lo permanente, en lo temporal lo eterno; en el mundo a Dios. Y entonces lo efímero se transforma en señal de la presencia permanente; lo temporal en símbolo de la realidad de lo eterno; el mundo en el gran sacramento de Dios. Cuando las cosas comienzan a hablar y el hombre a escuchar sus voces emerge el edificio sacramental. (Boff, 1977: 10)

Se entiende ahora cuánto hay de humano en lo sacramental y cuán importante es el sacramento frente al crecimiento personal y comunitario. Es en últimas, la lectura de la vida en clave de celebración y gratitud. Por eso, el sacramento se puede definir como pura gratuidad, en donde Dios se recibe como don.

El Dios revelado en Jesucristo se inclina en favor nuestro, es más íntimo a nosotros mismos, nos ama primero y cuando nos dejamos alcanzar por ese amor, se inicia el encuentro de gracia. (Borobio, 1993: 23, 26)

Sacramento: celebración de gracia y humanidad

Precisamente el matrimonio, visto como encuentro de gracia, se transforma profundamente, ordena del todo su escala de valores y realiza su proyecto de vida en categoría de trascendencia.

La percepción de un Dios que se da gratuitamente es algo sublime y desconcertante para el creyente (Borobio, 1993: 25); cambia de una vez y para siempre la perspectiva de la vida. Con ojos y corazón nuevos se asume la misma cotidianidad, ahora cargada de nuevos significados y valores, lo cual resulta motivo suficiente para celebrar: invitación constante de gratitud y motivación permanente de coherencia. En pareja, la gracia es la participación constante y activa de Dios en un proyecto común, fuerza renovadora e impulso hacia la bondad y la permanencia.

Aun los que no son cristianos pueden vivir esta experiencia de gracia y pueden sentir en esta situación la llamada del Absoluto, aunque no lleguen a llamarle "Dios de Jesucristo". Y cuando esto se da con sinceridad y verdad, también habrá que decir que Dios está presente y les da su gracia y en ellos (implícitamente) se está realizando el misterio del amor de Dios a los hombres (cfr. Borobio, 2003: 463).

La gracia, presencia de un Dios solidario con nosotros en cada circunstancia, ofrece su ser a través de los signos sencillos de realidades cotidianas rebosantes de sentido (la comida, la debilidad, los momentos de decisión).

Pero esta gracia tiene una característica liberadora, como liberador es el acontecimiento pascual, por eso Cristo es el punto de referencia (...) Una gracia que lleva a afirmar la vida sobre la muerte, el amor sobre el odio, la justicia sobre la injusticia, la libertad sobre la esclavitud, la gracia sobre el pecado. (Borobio, 2003: 27)

La vida familiar alimentada por el compromiso matrimonial es una oportunidad invaluable para comprender la importancia de lo sacramental en el contexto eclesial.

Como iglesia doméstica recoge, vive, celebra los momentos más importantes de todos y cada uno de sus miembros. Por eso, cuando no hay tiempo para la comunicación y para la celebración, se comienzan a diluir y debilitar las relaciones. El aprendizaje del lenguaje sacramental se inicia en la familia, puesto que cuenta con todas las condiciones para ello. Si la pareja vive desde este referente, espontáneamente y sin forzarlo, convierte su "nosotros conyugal" en sacramento matrimonial y su vida se transforma en ambiente sacramental, siendo posibilidad de testimonio para los hijos y para otras parejas, lo cual facilita la construcción tanto de lo social como de lo eclesial.

El sacramento es el medio unificador entre la gracia y la opción humana. Por eso hay que vivir desde la decisión de realizar en lo cotidiano estos encuentros de gracia y a lo largo del proyecto existencial. No se trata de instantes desarticulados, sino por el contrario de momentos intensos y articuladores, como ningún otro, del total vivido. En esta medida los ritos sacramentales tendrán verdadero sentido y se comenzará a celebrar desde la coherencia de la vida como genuina proyección de la fe.

Los sacramentos, en esencia, son un ofrecimiento que se acogen en libertad. De ahí que la participación consciente de los invitados resulte fundamental para la eficacia del mismo. Esta respuesta libre parte de la actitud creyente:

La fe del sujeto viene a ser un elemento constitutivo de la misma realidad sacramental, de manera que no puede haber sacramento pleno sin fe verdadera, ni fe verdadera sin expresión sacramental porque una fe que no se expresa es una fe que no se realiza, la fe es fruto de la celebración y a la vez su exigencia. En el sacramento Dios fortalece nuestra fe con su gracia, nos confirma en la fe con su amor. El sacramento por ser gracia transformante, es también proyecto de vida, punto de arranque para el futuro nuevo. (Borobio, 1993: 32)

Pero esta fe necesita expresarse a través de lo concreto, ya sean gestos, palabras, símbolos o expresiones culturales. Desde este punto de vista no hay que desligar sacramento de vida cotidiana, sino que por el contrario esta vida cotidiana cobra sentido, fuerza y proyección gracias a lo sacramental.

En el matrimonio, por ejemplo, el consentimiento será el punto de unión entre la fe, el compromiso personal y la trascendencia. A través del "sí" estoy afirmando la entrega incondicional a la relación, pero a la vez estoy atestiguando mi esperanza en el Dios de la vida, que ha de ser garante del proyecto matrimonial.

Infelizmente muchos cristianos viven la esquizofrenia entre lo vivencial y lo que se ritualiza. Por un lado, se celebra lo que no se vive, y por otro, se vive lo que nunca llegará a ser motivo de celebración.

La experiencia religiosa que puede tener lugar en lo cotidiano de la vida, se desliga fácilmente de aquel rito establecido al que aquella experiencia debería remitir. La moral práctica de cada uno cuenta poco con la exigencia moral del sacramento, y por supuesto de la doctrina moral de la Iglesia. (Borobio, 2000: 15)

Habría que recuperar lo sacramental de la existencia, valorar de nuevo, lo importante que resulta comer juntos, el significado de los gestos, las sonrisas e incluso las molestias. Porque es allí en lo sutil, en los detalles, en donde se recupera lo humano y donde lo simbólico adquiere significado.

Existe una coherencia existencial entre la realidad existencial y la oferta sacramental de la Iglesia. Entre el proceso de la vida y los ritos sacramentales hay una correspondencia básica y fundamental, los sacramentos no son añadiduras extrañas o simples ceremonias accidentales a la vida humana, que toda explicación y configuración formal de los sacramentos deberán fundarse y tener en cuenta también aquello que constituye la misma raíz antropológica sacramental. (Borobio, 2000: 15)

Matrimonio-sacramento: camino de realización y madurez cristiana en pareja

El caminar existencial tiene momentos álgidos que invitan a ser ritualizados y celebrados. Ante un nacimiento, ante la muerte, ante la opción de vida el ser humano sale al encuentro del otro, ya sea para celebrar o para compartir la alegría o el sufrimiento, el fracaso o el regocijo y también sale al encuentro del Otro trascendente de quien se siente infinitamente dependiente.

Nacer o morir tienen una estructura *kairótica*, porque en todas ellas se manifiesta una tensión entre sentimiento interno y expresión externa, entre pasado y futuro, que pone al ser humano en la alternativa de decidir y de abrirse a una nueva verdad en su ser y existir.

Todas estas situaciones tienen unas notas comunes que las identifican, el tránsito, la pregunta, la recapitulación, la procesualidad, la decisión personal, el cambio interrelacional, el encuentro con el propio misterio, la llamada del Otro (Borobio, 2000: 169).

Además los sacramentos desarrollan dos aspectos fundamentales de la existencia humana, que realizan al hombre: el primero en su carácter memorial (mítico), en relación con el ideal genuino o primordial al que orienta su vida, lo que le lleva a renovar su sentido de vida. El segundo es su carácter celebrativo-festivo, por el que se expresa y celebra la alegría de vivir, de compartir, la exuberancia y el exceso, afirmando así el sentido positivo de la existencia, la irrupción de lo extraordinario en lo cotidiano. Siempre que se dan estos aspectos o se cumplen estas dimensiones, podemos decir que el hombre se auto-realiza, se encuentra a sí mismo en su ser pluridimensional, redescubre el sentido de su vida, pacifica su cuerpo y su espíritu, anima su esperanza. (Borobio, 2000: 20-21)

Por eso, cada momento sacramental –y en este caso el matrimonio– no es un sacramento aislado. La pareja de bautizados que celebran el sacramento del matrimonio no hacen más que interpretar y proyectar su amor humano dentro de su fe cristiana (Espeja, 2003: 187). Este sacramento tiene una estrecha relación con los demás, pues hace parte de la dinámica humana, del ciclo vital que acontece en la existencia. De hecho, los sacramentos son siete, y “siete significa la unidad en la diversidad, la totalidad de la existencia, la plenitud del don de Dios, la variedad de aplicación a las diversas situaciones de la vida” (Borobio, 1993: 43).

Este aspecto resolvería tantas dudas que existen actualmente frente a la participación en los siete sacramentos, el compromiso que se adquiere al celebrarlos y lo que implica para la comunidad. Se esperaría entonces que

el bautismo y la confirmación fueran las bases sólidas para asumir una opción de vida en la fe, que la eucaristía, por su parte, alimentara de manera constante y no de manera casual esta misma vida, que en los momentos de debilidad encontraran los cristianos fortaleza a través de la unción y en las situaciones de ruptura fuera el sacramento de la reconciliación el que saliera al paso restituyendo y fortaleciendo las relaciones. Así mismo, y al comenzar un nuevo ciclo, que en el momento en que se le pida a la Iglesia el bautismo de un niño o niña, la petición esté respaldada por el sacramento matrimonial de sus padres.

De hecho, son dos bautizados maduros en la fe los que optan por casarse “en el Señor” para enriquecer y compartir la vida de comunidad, sortear las debilidades y alimentarse del pan que da vida y fortalece las relaciones fraternas.

¿Qué simboliza el matrimonio-sacramento?

Sinteticemos entonces la respuesta a la pregunta central: ¿Qué hace que la unión conyugal se transforme en sacramento?

El matrimonio en el conjunto de la vida se constituye como *Symballein*⁹ o articulación con el amor pleno. “Detrás del placer y del goce, más allá, de la bondad de la física relación, hay siempre una llamada a la felicidad sin límites, una aspiración a la infinitud que permanece sin reducirse a un momento pasajero.” (Borobio, 1993: 210)

El amor humano vivido con autenticidad remitirá siempre a un amor más perfecto, convirtiéndose en nostalgia de plenitud. “La unión conyugal entre hombre y mujer lleva un cierto empeño de totalidad, un deseo y una búsqueda de lo definitivo y eterno; por eso en casi todas las culturas el matrimonio se celebra con símbolos religiosos.” (Espeja, 2003: 185-186)

9. *Symballein*: significa poner algo en relación, juntar, unir, intercambiar, articular, venir a un pacto. El símbolo tiene una función mediadora entre lo sensible y lo externo entre lo espiritual e invisible. El símbolo supone, pues, la unión de dos sentidos, de dos intencionalidades, es la mejor forma que tenemos los hombres de conocer lo desconocido, de correr el velo misterioso (Borobio, 1993: 40).

Etimológicamente “símbolo” viene del griego y significa un acontecimiento, un objeto, un gesto evocadores a la vez de distintas experiencias (Espeja, 2003: 19).

Es a través del símbolo como la persona intenta superar la distancia entre lo inmanente y lo trascendente, entre lo finito y lo infinito, entre el ideal siempre incumplido y el deseo realizado (Borobio, 2000: 180).

El matrimonio cristiano simboliza la historia de un amor personal que comenzó en la creación, alcanzó su suprema realización en Cristo y llegará a su pleno desarrollo en la escatología. Pero aquí lo central es el acontecimiento pascual (pasión-muerte-resurrección) que nos da la clave de interpretación para el sacramento cristiano: Por medio de él se vence el egoísmo y abre camino a la esperanza definitiva, donde el matrimonio es como un memorial permanente de esta gracia pascual don del Espíritu Santo. (Espeja, 2003: 218)

Esta permanencia, este ser y estar del hombre para la mujer, y viceversa, en un compromiso y donación permanente, expresados de múltiples maneras, no constituye algo que haya llegado a su perfección plena. El matrimonio siempre está en deuda consigo mismo, para que el amor no perezca. Siempre hay que revivir la promesa de fidelidad. El matrimonio es una aventura que debe descubrirse y realizarse cada día siendo "sacramento permanente". El matrimonio es sacramento permanente, pues tiene una estructura de alianza que se realiza al modo de la alianza de Dios con su pueblo: es decir, en continuo perfeccionamiento y dinamismo (Espeja, 2003: 219)

Si "*Mystagogia*" es la apertura de los ojos de la fe al misterio y si los sacramentos son *mystagógicos*¹⁰ es porque el matrimonio vivido con autenticidad desvela el rostro de Dios y se hace vivo en medio de la comunidad capacitando y animando a otros para que sean también revelación. "El matrimonio humano es símbolo real del mismo matrimonio de Dios con la humanidad." (Cfr. Os 2,4) (Espeja, 2003: 197)

Si este amor se vive desde la eclesialidad se fortalece aún más. Si se ora juntos, se pide perdón juntos, si se reconcilian y reinician el camino, la pareja construye Iglesia y si además participan en la eucaristía juntos, con la conciencia de que en ella se actualiza el misterio de la nueva alianza, entonces se garantiza la indisolubilidad que regala la gracia sacramental (Borobio, 1993: 220).

10. Los lugares donde se manifiesta el misterio, la contingencia del ser, la entrega de la vida en el enfrentamiento con la injusticia, la plegaria y el perdón; el símbolo que hace posible que demos razón del carácter fronterizo del ser humano, del ser límite (Borobio, 2000: 46).

Los sacramentos cristianos están en continuidad con la sacramentalidad existencial. El hombre vive y se encuentra de modo permanente con las fronteras, los límites o los topos de su existencia: son aquellos momentos que le hacen toparse o encontrarse con su propio misterio, que llevan a experimentar de forma especial su incapacidad o imposibilidad de explicación, su contingencia físico-psíquica o relacional, y que le remiten a un "más allá" incógnito, misterioso, numérico, trascendente, sobrenatural o divino (cfr. Espeja, 1994: 132-135).

Además, el matrimonio por ser una realidad a dos, una comunidad interhumana, es signo más elocuente de su verdad, su amor y su unidad. Esta comparación y verdad supone que la familia tiene unas tareas semejantes a la Iglesia: engendrar y educar a los hijos en la fe; iniciarlos a la Palabra, la oración, la caridad; aparecer como sacramento de salvación ante el mundo; guardar la unidad y la caridad interna. (Borobio, 1993: 219)

Pero la sacramentalidad no se agota en sí misma; es decir, la acción salvífica del sacramento estará referida también a lo escatológico. El goce de una vida feliz en pareja es la anticipación concreta de lo que esperamos como cielo, un disfrute previo del ágape divino.

De hecho, el Reino es comparado con el ambiente festivo de una boda...

²El Reino de Dios es como un rey que hizo una fiesta para la boda de su hijo. ³Mandó a sus criados que fueran a llamar a los invitados pero ellos no quisieron asistir. ⁷Entonces el Rey se enojó mucho...⁸Entonces dice a sus criados ⁹Vayan, pues, ustedes a las calles principales e inviten a la boda a todos los que encuentren... (Mt 22,2-3,7-9).

Lo absoluto y definitivo es el Reino y en este camino el matrimonio es signo de esperanza, de tiempos nuevos, anticipación del misterio, aquí y ahora.

Lo que esperamos no es la presencia del instante. Lo que nos interesa no es lo que el instante es. Lo que esperamos, lo que nos interesa de manera especial es aquel que el instante nos aporta, es la llegada y el contacto con el Señor en este instante. (Visage de Lumière, por un monje oriental citado por Oñoro, 2004: 51)

CONCLUSIÓN

Cuando la unidad conyugal se transforma en sacramento se constituye en un acontecimiento salvador, capaz de significar el amor de Dios a través del amor humano. Pero esta realidad va mucho más allá. La sacramentalidad es una invitación a vivir de manera profunda y con sentido, superando la superficialidad y la inmediatez. Así lo afirma Karl Heinz Weger:

No solamente vivir la vida sino vivirla conscientemente, en el ejercicio de la libertad y la responsabilidad, entender la tendencia natural a la búsqueda de sentido, como un deber y una tarea que se traduce en dirigir la capacidad de entrega y amor, exclusiva del ser humano, hacia un objetivo que la haga digna de vivirse; significa la decisión de llegar a ser, el ser humano que tengo la capacidad de ser y que me he propuesto ser. (Bravo, 1992: 10)

Esto, en vida de pareja se evidencia en un proyecto común, de felicidad y santidad

El matrimonio es fuente de santificación permanente y los esposos están llamados a santificarse el uno al otro. Cuando se vive sinceramente el sacramento, algo importante sucede en su vida, que lo conmueve desde lo más profundo de su ser. El símbolo radica en que cuando marido y mujer se aman en la totalidad de su ser, están expresando el mismo amor de Dios, están recordándose lo grande que es el amor de Dios con los hombres y con ellos en especial. (Espeja, 2003: 212, 214)

Pero esta dimensión tiene dos caras. Por un lado, es signo de salvación; por otro, y como realidad humana, necesita ser salvada. Aquí la gracia actúa como camino de posibilidad para vivirla con sentido y profundidad, lo cual indica que la construcción matrimonial, en perspectiva sacramental, implica un compromiso con la salvación integral del otro con quien se es pareja. Salvación integral por cuanto no es sólo una referencia espiritual sino que implica toda la persona y afecta a la comunidad, en donde el cultivo del amor en lo cotidiano¹¹ es la fuente más concreta para hacer posible dicha transformación.

*El amor es como fascinación
que nos arranca de nosotros mismos.*

El amor es gratuito.

*El amor es una llamada a ser más
de lo que somos.*

*El amor se acerca con suavidad
se preocupa de afirmar y re-crear al amado*

*El amor se manifiesta y madura en
la comunidad*

*El amor da vida, une aproxima; es
simbólico, impulsa para que la humanidad
viva en comunidad y se acerque;*

*quiere decir "con-cordia",
corazón junto a corazón
uno sólo.*

*Cuando el ser humano sabe leer
esa intencionalidad profunda del amor
y ahonda en esa orientación
comunitaria, está en el verdadero camino.*

(Espeja, 1994: 132-135)

11. Un crecimiento en pareja y la vivencia de lo sacramental se realiza en la vida diaria, no se espera como un ideal, sino que se construye día a día con esfuerzo, dedicación y fe.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVES, R., *Teología de lo cotidiano. Meditaciones sobre el momento y la eternidad*, Olho d'Água, Sao Paulo, 1994.
- BOFF, LEONARDO, "Sacramentos de la vida y la vida en los sacramentos", en BOROBIO, D. *Sacramentos y etapas de la vida*, Santander, 1977.
- BOFF, LEONARDO, *Los sacramentos de la vida y la vida de los sacramentos*, Indo-American Press Service, Bogotá, 1988.
- BOROBIO, DIONISIO, *Sacramentos y etapas de la vida*, Sígueme, Salamanca, 2000.
- BOROBIO, DIONISIO, *Celebrar para vivir*, Sígueme, Salamanca, 2003.
- BOROBIO, DIONISIO, *Sacramentos en comunidad*, Descleé de Brouwer, Bilbao, 1993.
- BOTERO, SILVIO, *Pareja y familia*, San Pablo, 2000.
- BRAVO, CARLOS, *El marco antropológico de la fe*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1992.
- CORPAS DE POSADA, ISABEL, *Pareja abierta a Dios*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1982.
- ESPEJA, JESÚS, *Los sacramentos cristianos*, San Esteban, Salamanca, 2003.
- ESPEJA, JESÚS, *Para comprender los sacramentos*, Verbo Divino, Navarra, 1994.
- FLÓREZ, GONZALO, *Matrimonio y familia*, BAC, Madrid, 2001.
- GARRIDO, M., "La salud familiar desde la formación de la pareja", en revista *Carthaginensia*, Vol. X, julio/diciembre, No. 18, 1994, pp. 385-404.
- GRÜN, ANSELM, *El matrimonio, bendición para la vida en común*, Ed. San Pablo, Madrid, 2000.
- HENAO, JORGE HUMBERTO, "El matrimonio", material fotocopiado. Diplomado en Pastoral Familiar, Itepal, Bogotá, mayo/julio de 2003.
- JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Familiaris consortio*.
- LIBANIO, JOÃO BATISTA, S.J., *El arte de formarse*, Sígueme, Salamanca, 2001.
- MÜLLER, WUNIBALD, *Besar es orar. La sexualidad como fuente de espiritualidad*, Sal Terrae, Santander, 2005.
- NOUWEN, HENRI, *Aquí y ahora*, Ed. San Pablo, Madrid, 1995.

OÑORO, FIDEL, *Capaces de vernos como Dios nos ve, a la escucha del Maestro*, Ediciones Paulinas, Bogotá, 2004.

POWELL, JOHN, *¿Por qué temo decir quien soy?* Sal Terrae, Santander, Bilbao, 1989.

ROJAS, NELLY, *Qué nos une que nos separa*, Editorial Planeta, Bogotá, 1998.

ROJAS, NELLY, *El amor se construye*, Editorial Planeta, Bogotá, 2003.

SARMIENTO, AUGUSTO, *El sacramento del matrimonio*, Celam, Bogotá, 1996.

TAMAYO, J., *Nuevo paradigma teológico*, Trotta, Madrid, 2003.

VIDAL, MARCIANO, *El matrimonio. Entre la fragilidad humana y el ideal cristiano*, Descleé de Broker, Bilbao, 2003.

